

La jirafa gritona y el dios del trueno. Una lectura clínica del caso del pequeño Hans a partir de algunos aportes teóricos de J. Lacan

The Loudmouthed Giraffe and the God of Thunder. A clinical reading of the case of little Hans beginning with some theoretical contributions of J. Lacan

Por Diego Messina

RESUMEN

El objetivo del presente trabajo consiste en proponer una lectura de la noción de castración que permita pensar la dirección de la cura analítica, a partir de la articulación de dos herramientas clínicas de Lacan separadas por veinte años: Por un lado, la función del Sinthome de los '70, como aquel cuarto nudo que vendría a reparar el doble lapsus que desencadenó la unión borromea neurótica de los tres registros, imaginario-simbólico-real (Lacan 1975-76). Por otro lado, el ordenamiento que, al principio de su enseñanza en los años '50 y lejos aún de la teoría de los nudos, Lacan había propuesto como grafo con el cual pretendía formalizar el recorrido de

SUMMARY

The aim of the present work consists in to propose a reading about the notion of castration that permit to think the direction of analytical cure, articulating Lacan's two clinical tools separated by twenty years: On the one hand, the function of Sinthome in the '70s, as fourth knot that would repair the double slip which broke loose the neurotic borromean union of three records, imaginary-symbolic-real (Lacan 1975-76). On the other hand, at the beginning of his teaching in the '50s and further still from the theory of knots, the order that Lacan had proposed as a graph with which he tried to formalize the route of the psychoanalytic experience, based

la experiencia psicoanalítica, fundamentada no en un ideal sino en la estructura: rS-rl-il-iR-iS-sS-sl-sR-rR (Lacan 1953).

Dicha articulación será ilustrada con una lectura clínica del historial freudiano del pequeño Hans, y de ésta manera poner a prueba la potencia clínica de estos instrumentos conceptuales.

Palabras clave: Sinthome - Tres registros - Castración - Fobia

not on an ideal, but in the structure: rS-rl-il-iR-iS-sS-sl-sR-rR (Lacan 1953).

The joint will be illustrated with a clinical reading of the Freudian record of little Hans, and in this way to test the clinical potency of these conceptual tools.

Key words: Sinthome - Three records - Castration - Phobia

Presentación de las dos herramientas clínicas

"Hay anterioridad de la castración materna, y la castración paterna es un sustituto suyo."

J. Lacan, Seminario IV (p.369)

A la altura de *El Seminario 23*, Lacan propone pensar *la función del Sinthome* como aquel cuarto nudo que vendría a reparar *el doble lapsus* que desencadenó la unión borromea neurótica de los tres registros, imaginario-simbólico-real (Lacan, 1975-76). Esta función del Sinthome puede ser referida por alguno de los componentes de la tríada freudiana de 1926, *inhibición, síntoma y angustia* (Lacan, 1974-75), que redoblando alguno de los tres registros (Schejtman, 1996), y con la chance de poder hacerlo en dos direcciones, obtenemos 6 permutaciones. Por lo cual existirían 6 nominaciones posibles, 2 por cada registro (Schejtman, 2009). Además de estos *6 nombres-del-padre*, cuya función sinthomática sería la de restablecer la cadena borromea neurótica a través del cuarto nudo (Lacan, 1975-76), tenemos que pensar a su vez las tres posibilidades de desencadenamiento, dadas por 3 pares de lapsus entre registros, o sea inhibición, síntoma y angustia pero esta vez como figuras de lo desencadenante (Schejtman, 2009).

Por otro lado, no olvidaremos que la formalización nodal realizada por Lacan en los años setenta es una nueva herramienta para entender algo bien conocido desde sus comienzos, a saber la inseparable interacción entre sus ya célebres tres registros. Al principio de su enseñanza, lejos aún de la teoría de los nudos, Lacan había propuesto un grafo

en el cual pretendía estructurar la clínica psicoanalítica mediante el siguiente ordenamiento: rS-rI-il-iR-iS-sS-sl-sR-rR (Lacan, 1953).

Con dicho ordenamiento (realización del símbolo, realización de lo imaginario, imaginarización de lo imaginario, etc.) Lacan pretendía formalizar el recorrido de una clínica fundamentada no en un ideal sino en la estructura.

A continuación, pasaremos a ilustrar la posibilidad de utilizar en forma articulada estas dos herramientas clínicas de Lacan separadas por veinte años, la función del Sinthome de los '70 y el ordenamiento de los '50, a través de la lectura del historial freudiano del pequeño Hans, poniendo a prueba la potencia clínica de estos instrumentos conceptuales.

La belle époque pre-fóbica

Lacan dice que en el período preedípico se desarrolla aquello que él llama el "juego de la sortija", en donde el falo es el elemento fundamental en el campo imaginario de la madre omnipotente, campo que el niño pretende alcanzar y en el cual se apoya para desarrollar su subjetividad. En este juego siempre se trata de ver dónde está y dónde no está el dicho falo. Y es precisamente en esta etapa crucial, que implica la relación primitiva con la madre, cuando el niño se introduce en "la dialéctica intersubjetiva del señuelo" para "satisfacer lo que no puede ser satisfecho". En síntesis, el niño pretende hacerse él mismo aquel objeto falaz que permitiría engañar el deseo fundamentalmente insaciable de la madre (Lacan, 1956-57, 195-196).

Ya a los 2½ años el pequeño Hans le comenta a su madre que *«ha estado*

pensando...» sobre el *Wiwimacher*, y ante la pregunta de si ella posee un pene, de manera llamativa y no sin consecuencias, ésta le responde afirmativamente. A los 3½ años ocurre en los hechos la *“amenaza de castración”*, por parte de la madre cuando advierte que Hans se masturba. Pero la misma no tiene efectos en ese momento, y el niño continúa con su actividad autoerótica sin culpa alguna. Dando rienda suelta a su curiosidad infantil alrededor del *tema del Wiwimacher*, Hans menciona que en un paseo por el zoológico *«le vio “la cosita” a los leones»*, entre otros animales de gran talla. En medio de esta preocupación que absorbía al pequeño Hans, ocurre lo que Freud denomina “un magno acontecimiento”, a saber *el nacimiento de su hermanita Hanna*.

Finalizando su tercer año, Hans comenta un sueño: *«estaba completamente solo con Mariedl»*. Además de Mariedl, existían otros niños con los que Hans “juega en su imaginación”, construyendo fantasías basadas en sus recuerdos de las vacaciones familiares de verano en Gmunden. Allí Hans perseguía en forma decidida a *«sus niñas»*, de las cuales decía que *«también las había traído la cigüeña»*. Se percibe en Hans una *elección de objeto*, si bien voluble, predominantemente heterosexual y de carácter poligámica. Por esa misma época es cuando acontece la escena en la cual Hans *le agrega el Wiwimacher a la jirafa dibujada por el padre, en dos trazos*. Menciona que *«vio a un caballo orinando»* y continúa su investigación alrededor de la cuestión del falo. Juega con una muñeca a la que desnuda y dice *«tiene pequeña*

la cosita». También se hace mención de *la conducta exhibicionista* de Hans, debiéndose destacar el juego en la “*leñera oscura*”, sitio al que Hans llama *«mi retrete»* y donde se complacía exhibiendo su pene en la oscuridad.

La fase coincidente con el primer tiempo del Edipo (Lacan, 1957-58) es aquella fundamentada en la tríada imaginaria madre-niño-falo, desmintiéndose de esta manera que la relación primordial de la madre con el niño sea exclusivamente dual... como dice Lacan: “nunca se está completamente sólo con la madre” (Lacan, 1956-57, 242). Desde el punto de vista del ordenamiento, mencionado en nuestra introducción, propuesto por Lacan en su conferencia de 1953, este momento lo haremos corresponder con *la imaginización de lo real (iR)*, cabe aclarar: imaginización fálica del cuerpo real (Schejtman, 2009) como aquella salida imaginaria que posibilita resolver la crisis especular del yo ya constituido¹ vía la identificación al falo (Lacan, 1957-58). Desde el punto de vista del nudo borromeo consistiría en una *inhibición sinthomada como nominación imaginaria que en este caso afectaría lo real*.

Ahora bien, la identificación del niño con el falo materno no le impide realizar sus volubles primeras elecciones de objeto heterosexuales, materializadas mediante conductas exhibicionistas. Como dice Lacan, el niño “quiere hacer creer que es un macho o un portador del falo, cuando sólo lo es a medias” (Lacan, 1956-57).

A los 4 años y 3 meses ocurre la escena en la cual la madre realiza la toilette del pequeño Hans, colocándole los polvos con especial cuidado de no tocarle el

pene. En ese momento Hans, en un claro intento de seducción, le solicita a su madre que le toque el Wiwimacher. La madre responde negativamente diciendo que «eso es una porquería», a lo que el niño alega «pero es divertido».

Freud señala el contraste entre este intento “descarado” de seducción y la producción del primer sueño *incomprensible* por acción de la elaboración onírica. Este sueño, que carece de todo carácter visual, es exclusivamente del tipo auditivo, reza: «Una dice: - ¿Quién quiere venir conmigo? Luego dice otro: - Yo. Después tiene que ponerle a hacer pipí.» Este sueño, interpretado por el padre por el sesgo del *placer exhibicionista* de Hans, está relacionado con los juegos de prendas a los que el niño se entregaba con “sus niñas” en Gmunden.

Que las niñas lo vean en el acto de orinar era algo que le daba placer, pero luego de la producción de este sueño, seguramente como respuesta subjetiva ante la actitud reprobadora de la madre por el franco intento de seducción del niño, se efectúa un viraje que tiene dos consecuencias. La primera, es que el *placer exhibicionista* sucumbe a la *represión*, y el niño ya no deseará ser visto en el acto de orinar. La segunda consecuencia es que ahora sí es capaz de reconocer, presenciando nuevamente el baño de su hermanita, la *diferencia entre los genitales* masculinos y femeninos en lugar de negarla.

La producción del primer sueño desfigurado nos da cuenta de la progresión de la estructura desde iR a la *imaginización del símbolo (iS)* en donde todavía se puede hablar de una estabilización del anudamiento borromeo a través de

la *inhibición sinthomada* pero esta vez como *nominación imaginaria que invade el registro de lo simbólico*.

Igualmente, en esta etapa preedípica que estamos revisando, en la cual reina la intersubjetividad imaginaria basada en el juego recíproco de ocultación-develamiento del falo, ocurren los dos hechos que provocan la conmoción de la estabilidad sinthomada lograda a través de la inhibición como nominación imaginaria: el nacimiento de la hermanita, o mejor dicho la aparición en lo real de un nuevo ser que da cuenta de la insatisfacción del deseo materno, y la subida a escena del pene real del niño como nuevo factor que obliga a una reestructuración de las reglas del juego.

Estos dos hechos pueden tomarse como puntos desencadenantes, lapsus del nudo, que por conmover las relaciones entre lo imaginario y lo real, estabilizadas sinthomáticamente por un cuarto redondel, conllevan la *emergencia del afecto de la angustia*, que surge siempre en la ocasión en la que “el sujeto se encuentra desapegado de su existencia, a punto de quedar capturado de nuevo en la imagen del otro... la angustia es correlativa del momento de suspensión del sujeto, en un tiempo en el que ya no sabe dónde está, hacia un tiempo en el que va a ser algo en lo que ya nunca más podrá reconocerse” (Lacan, 1956-57, 228).

El historial clínico y el comienzo del análisis

En el transcurso de los primeros días del mes de enero de 1908, cuando Hans contaba con 4 años y nueve meses, el padre del niño ubica el comienzo

de sus “trastornos nerviosos”, los cuales consisten en “un miedo a salir a la calle” y “depresión de ánimo que le acomete al anochecer”. Sospecha que la base de dicho estado es “una sobreexcitación sexual debida a los mimos de la madre”, y que toda esta configuración parece relacionarse de alguna manera con “el susto experimentado por la vista de un pene de grandes proporciones”. Ante estas primeras especulaciones del padre, quien confiesa abiertamente su desagrado ante los enigmas que el niño le plantea ya a tan corta edad, Freud aconseja la postura de “*no comprender en el acto un caso patológico [...] dejar en suspenso nuestro juicio* y limitarse a acoger todo lo observable con idéntica cuidadosa atención” (Freud, 1909, 1374) (El subrayado es nuestro).

Todo comienza con un *sueño de angustia que refiere a la ausencia de la madre*: «*Mientras dormía he pensado que te habías ido y que no tenía ya una mamá que me acariciase.*» El padre afirma que ya durante el verano Hans había hecho alusiones a la posibilidad de que su madre se marchara, logrando con este “elegíaco estado de ánimo” la ternura de ésta quien lo acogía por ello en su cama. Posteriormente al sueño de angustia se echa a llorar por primera vez al salir de paseo con la niñera, pidiendo volver a la casa para que “la madre le mime”. Al día siguiente sale con la madre pero esto no impide que se repita el llanto y que se muestre visiblemente atemorizado durante el paseo. De regreso el niño confiesa: «*Tenia miedo de que me mordiese un caballo.*» Otro temor era que “el caballo entrara en su cuarto”. Cuando la madre le pre-

gunta al niño si en la cama se tocaba “la cosita”, Hans responde afirmativamente, recibiendo la advertencia materna de que ya no debe hacerlo nunca más.

Al igual que el caso del Hombre de los Lobos, la zoofobia de Hans se instala posteriormente a la producción de un sueño de angustia. Como ya habíamos mencionado anteriormente, en el sueño se trata de la imaginización del símbolo (iS), pero siempre debemos suponer que cuando del sueño emerge un fondo de angustia es que el trabajo del sueño falla en su cometido, dejando entrever la imposibilidad de lo simbólico para recubrir lo real pulsionante. A este encuentro fugaz con el S(\mathcal{A}), significante enigmático, *simbolización del Símbolo mismo* (sS) lo vemos como *el síntoma desencadenante* que nos llevaría rápidamente desde la posición iS anterior a la lógicamente siguiente: *la simbolización de lo imaginario* (SI), como nueva modalidad de estabilidad sinthomática a través del *síntoma como nominación simbólica que invade el registro imaginario*, en este caso la zoofobia.²

Freud introduce su comentario realizando una disquisición teórica. El fenómeno básico del estado patológico sería “la intensificación de la ternura hacia la madre”. Dicha ternura acrecentada, que toma a la madre como objeto, es aquello que sucumbiría a la represión, y la angustia sería el producto de la transformación de la libido reprimida, de acuerdo con su primera teoría de la angustia. Debiendo considerar necesariamente a la angustia y a la fobia por separado, se afirma que la primera en principio carece de objeto y su producción es anterior a la instalación de la fobia a la calle, al

paseo o a los caballos. La angustia aún no es el miedo, y aunque corresponda a un deseo reprimido no es verdad que sea equivalente al deseo mismo. Al estar reprimida, la libido no se satisface cuando se le aporta su objeto en la realidad, permaneciendo insatisfecha (Freud, 1909, 1375-1377).

Es en un segundo momento cuando a la angustia del sujeto se adosa un objeto, instalándose así el miedo a que un caballo lo muerda. El nuevo enigma que se nos presenta es acerca de la procedencia del material con el que se confecciona la zoofobia, o sea ¿por qué el “caballo”? y ¿por qué el acto de “morder”? Sin poder responder aún a estos interrogantes, Freud conjetura en primer lugar que “*el caballo es un sustituto de la madre*”, fundándose en el previo interés del niño por la “cosita” de la madre. En ningún momento, advierte Freud, se puede atribuir a la masturbación la provocación de un estado de angustia: “La causa de la angustia es menos la satisfacción que la insatisfacción de la libido por motivo de su represión” (Freud, 1909, 1376). Aquí Freud discrepa con el padre, ya que éste señala como base del estado patológico a los excesivos mimos maternos (hincapié en la satisfacción), mientras que el maestro señala que en todo caso es la repulsa de la madre, tanto a la actividad masturbatoria como a los francos intentos de seducción del niño, la ocasión de la angustia (hincapié en la insatisfacción). En una entrevista con el padre, Freud le indica la realización de dos intervenciones específicas. La primera es decirle a Hans que “*aquello del caballo es una tontería*”, que la verdad es que quiere

mucho a su madre y estar en la cama con ella, y que teme a los caballos por haberse ocupado indebidamente del Wiwimacher. La segunda indicación es iniciar, en una ocasión propicia, el esclarecimiento sexual del niño, señalando muy especialmente “*la inexistencia del pene en la mujer*”. Estas indicaciones de Freud son señalamientos directos a nivel del objeto, en un claro intento de *despojar al niño de su fijación al objeto-falo materno*, manifestado en el deseo de ver la “cosita” de su madre, y *devolver la atención al objeto de la libido reprimida, o sea el deseo erótico por la madre*. Veremos cómo estas intervenciones tuvieron resultados poco felices. Los efectos de la primera intervención fue una *transposición del miedo a los caballos a una obsesión que lo impulsa a mirarlos atentamente*. Afirma el niño: «*No tengo más remedio que mirar a los caballos, y luego me da miedo.*» Luego de lograr esta ¿mejoría? transitoria, la fobia se ve intensificada después de haber tenido que guardar cama por una gripe y una amigdalectomía. Para los primeros días de marzo Hans ya no consentirá en salir a la calle y sólo se asomará por el balcón. La única salida que logrará cumplir es ir todos los domingos a visitar a su abuela, junto con su padre.

Durante toda la primera quincena del mes de marzo, el padre desarrolla un diálogo con su hijo tanto para efectuar las intervenciones propuestas por Freud como para tratar de explicarle a Hans y explicarse a sí mismo los motivos que continúan sosteniendo “la tontería” del pequeño. Las preguntas y aclaraciones del padre son el paradigma de una com-

presión apresurada y de una falta absoluta de tacto para sostener el necesario malentendido que se produce en todo diálogo. En todo momento, *el padre interviene como agente de la realidad*, marcándole insistentemente al niño las contradicciones de su decir, sin preguntarse en absoluto por el sentido inconsciente que dicha palabrería infantil podría encubrir. Obviamente, dicha posición del padre-analista no deja de tener efectos en la continuación del discurso del niño así como también en la producción de sus nuevas fantasías.

Cuando el padre le dice que “los caballos no muerden”, el niño responde que *«los caballos blancos sí muerden»*. Cuando el padre le afirma al niño que dicho temor por “tocar con los dedos” al caballo en realidad refiere a que “se toca con los dedos la cosita”, el niño retruca que *«la cosita no muerde»*. Posteriormente, el padre lleva a cabo una maniobra al mejor estilo conductista, y le dice al niño que “la tontería se le irá si sale más a menudo de paseo”, a lo que el niño responde que no será así porque continúa *«dándole la mano a la cosita»*, ¿confirmando? la teoría etiológica del padre, que atribuye el estado patológico al hábito del onanismo. No podemos dejar de ver allí no sólo un efecto de pura sugestión, sino un señalamiento de que la solución propuesta por el padre no da con el quid de la cuestión.

Quince días después, el padre continúa insistiendo sobre lo mismo y le advierte al niño que “si deja de darle la mano a la cosita se le quitará la tontería”. Hans afirma que ya no lo hace, pero el padre le señala su deseo de hacerlo. El niño responde magistralmente: *«querer no*

es hacer y hacer no es querer». En ese momento el padre se posiciona de una forma más interdictora, y amenaza al niño con hacerlo dormir con “un camión cerrado por abajo como un saco” para que no quiera tocarse la cosita. Paradójicamente el niño se siente aliviado y celebra que dicha acción enérgica del padre *«le quitará la tontería»*. Padre e hijo salen de paseo como todos los domingos y Hans advierte que *«hoy ha mandado Dios que no haya caballos»*. En esta ocasión ¿propicia? el padre decide realizar la segunda intervención propuesta por Freud, explicándole al niño la inexistencia del pene en las mujeres. El resultado es un nuevo acrecentamiento de su miedo a los caballos y la producción de una *“fantasía onanista”*: *«He visto a mamá toda desnuda, en camisa, y se le veía la cosita. He enseñado a Grete lo que hacía mamá, y le he enseñado mi cosita.»* El padre no tiene mejor idea que señalar la contradicción, ya que “no puede estar al mismo tiempo desnuda y en camisa”, lo cual no lo llevará muy lejos. Freud advierte que dicha fantasía revela, por un lado, *el efecto a posteriori de la repulsa que la madre manifestó ante las seducciones de Hans*, y por otro lado, *la resistencia del niño a renunciar a la creencia de la madre fálica*.

Movimientos progresivos y regresivos de la estructura

Estas dos intervenciones aconsejadas por Freud no sólo intensifican el temor secretado por la zoofobia, sin poder inaugurar las vías de su resolución, sino que además las distinguiremos como dos ocasiones propicias para *la produc-*

ción de dos nuevos lapsus que horadan el anudamiento estabilizado de forma *sinthomática* mediante el síntoma fóbico (sl). Estos dos nuevos lapsus, que reeditan aquellos dos previos que posibilitaron el avance de la estructura hasta la instalación del síntoma, se efectúan entre los registros imaginario y simbólico, pero no son como sus antecesores efecto del movimiento progresivo de los anudamientos, resolución de una crisis mediante nuevos empalmes, sino que esta vez son *producto de malos señalamientos basados en una incorrecta lectura del material clínico*. El movimiento que generan estas dos intervenciones, incorrectas desde el punto de vista de la verdad que el síntoma pretende enunciar, no es progresivo sino que *provocan un vuelco regresivo hacia un estado anterior* (iS), a saber se produce *un movimiento desde lo simbólico del síntoma a lo imaginario del fantasma*. De eso se trata en la fantasía onanista de la madre desnuda y en camisa, y de gran importancia será entender cuáles son las nuevas vías por las cuales Hans reiterará el movimiento a favor de la estructura.

Las primeras páginas del apartado del historial llamado "informe semanal del padre" comienzan con el relato de la semana previa a la consulta con Freud. En una de sus salidas domingueras alevoosamente "ampliada" por el padre, éste le hace a su hijo una observación acerca de la significación de sus temores, extendida ahora hacia "los animales grandes". Dice el padre: *«lo que verdaderamente te da miedo es que los animales grandes tienen la cosita grande»*. Previa renegación de Hans, afirmando

que *«nunca le vio la cosita a un animal grande»*, en una clara posición resistencial ante la interpretación del padre, el niño elaborará su "frase consoladora": *«Todos los hombres tienen su cosita. Y la mía crecerá conforme vaya yo creciendo. Para eso la tengo pegada al cuerpo»*. El resultado fue, una vez más, la intensificación de la fobia.

Freud pretende aquí rectificar las afirmaciones del padre, aseverando que no tenemos derecho a señalar al pene de los animales grandes como el objeto fóbico, cuando anteriormente el niño se complacía observando dicho espectáculo. Nuevamente, la marcación de Freud tendrá como última referencia a la madre, ya que no sólo ve en aquella frase un consuelo del niño ante el hecho de tener que asumir su "descontento por el tamaño de su propia cosita", sino que habría allí un desafío que apuntaría a la pretérita amenaza de castración materna, la cual estaría manifestando su eficacia a posteriori. Cabe destacar que Freud advierte que el consejo de explicar al niño la inexistencia del pene en la mujer careció de efecto terapéutico, ya que "despertó el complejo de castración", conmoviendo así la confianza del niño en sí mismo. ¿Cuál es aquí la noción de castración manejada por Freud? Al parecer es la misma que posee el sujeto neurótico, a saber *la castración es algo a evitar o por lo menos a no reactivar*.

Además de su frase de consuelo, Hans confecciona otra respuesta más elaborada, a saber *la fantasía de las dos jirafas*: *«Por la noche había en mi cuarto una jirafa muy grande y otra toda arrugada; y la grande empezó a gritar por-*

que yo le quité la arrugada. Luego dejó de gritar, y entonces yo me senté encima de la jirafa arrugada.» Hans aclara que la jirafa arrugada lo estaba como un bollo de papel. Cuando advierte que el padre escribe todo lo que dice “para enviárselo al profesor”, el niño conecta esta fantasía con la de “la madre desnuda y en camisa”, o sea ambas deben ser enviadas juntas a Freud quien, a diferencia del padre que se dedica tozudamente a señalarle al niño la inexistencia de las jirafas arrugadas, no insistirá con sus preguntas en tanto se dé cuenta que el niño tampoco sabe nada al respecto. Aquí se demuestra claramente como la instalación de la transferencia al rededor de su pivote, el sujeto supuesto saber, está basada más en una posición de docta ignorancia que en la demostración magistral de un saber expuesto (Lacan, 1967).

El padre interpreta la fantasía de las jirafas diciendo que se trata de una “transformación de una escena conyugal en fantasía”: la jirafa grande y gritona representaría al padre que protesta todas las mañanas cuando el niño es acogido en la cama unos minutos por su madre, la jirafa arrugada. Aquí señalamos una página del historial en donde la confusión del padre es máxima (Freud, 1909, 1383). No toma en cuenta que sobre su protesta matinal está “la irritación de la madre” quien se empecina en señalar abiertamente a su marido la inocuidad de compartir unos minutos la cama con su hijo, y que la conexión entre la fobia del niño y los mimos que ella le procura son “una tontería de él”. Podemos preguntarnos entonces ¿quién grita?

Freud afirma que a lo que el niño le temería en realidad es a “que la madre no lo quiera porque su cosita no puede compararse en tamaño con la del padre”, indicando nuevamente un ambigüedad con respecto a la verdadera fuente de angustia. ¿Se trataría de la percepción del niño de la pequeñez de su órgano o más bien de su consecuencia, a saber la imposibilidad de satisfacer a la madre con él? Freud se equivoca al afirmar que sobre esta cuestión sobrevuela la sospecha del padre, quien sólo confeccionó una analogía entre los cuellos de las jirafas y los órganos genitales masculino (largo) y femenino (arrugado), comprendiendo sin entender a quiénes representaban verdaderamente susodichas jirafas. Al día siguiente el padre realiza un chiste muchísimo más cerca de la verdad que sus analogías, despidiéndose de su mujer ante el niño diciendo «Adiós, jirafa grande», a lo que Hans acusa el golpe: «Y Hanna es la jirafa arrugada.»

Por la mañana del 30 de marzo, día de la consulta con Freud, el niño relata a su padre *dos fantasías que remiten a “deseos de hacer cosas prohibidas”*: “pasar por debajo de la cuerda” en el zoológico y “romper una ventanilla del tren”. Freud señala que estas fantasías delictivas son la precisa continuación de la fantasía de las jirafas, ya que su significación apuntaría a “la barrera opuesta al incesto” en contraposición con “el deseo de tomar posesión de la madre”, hecho prohibido para todos. Se destaca también que *estas proezas son realizadas en compañía del padre y siempre ambos terminan presos por el vigilante*. Freud conjetura que el pequeño sospe-

cha que “su padre hace con la madre algo prohibido”, y que el niño se lo figura como un acto violento. Se debe reflexionar en la significación verdadera de este “con el padre”, y preguntarnos en detrimento de qué ley se está cometiendo el delito: ¿contra la ley universal que prohíbe el incesto, de la cual el padre es el temido ejecutor, o más bien contra la ley caprichosa de la madre que dejaría al niño entrampado en el cortocircuito imaginario del señuelo y empujándolo a encontrar el punto de cruce simbólico (la cuerda-Rubicón) que le permita progresar hacia otro plano?

De esta manera vemos como Hans con sus invenciones intenta retomar los vuelcos progresivos de la estructura luego de haberse visto precipitado regresiva e imaginariamente en la fantasía de la madre fálica, desnuda y en camisa. Su continuación fue la producción de la fantasía de las jirafas que, al igual que su pretérito juego exhibicionista en la “leñera oscura”, nos pone en las vías de entender cuál es la naturaleza del falo del cual verdaderamente se trata. En ningún momento se tratará de realizar intervenciones en el plano del pene real, aunque este intervenga como elemento perturbador de la precaria estabilidad imaginaria. Este era precisamente el error en que recaía el padre una y otra vez. Dice Lacan: “El complejo de castración traslada al plano puramente imaginario todo lo que está en juego en relación con el falo. Precisamente por este motivo *conviene que el pene real quede al margen.*” (Lacan, 1956-57, 229) (El subrayado es nuestro). No se trata tanto que el niño asuma la pequeñez de su órgano o acepte que

su madre en lo real no posee ningún pene, cosa que por otro lado da señales de saberlo perfectamente, sino de elevar el falo imaginario de la madre a la categoría de falo simbólico, es decir inscribir dicha ausencia real de pene en la madre como una falta simbólica. *La madre se encuentra privada del pene y en esta operación el padre tiene que ver en calidad de agente.* Con la fantasía de las jirafas y las fantasías delictivas con el padre, el niño da cuenta de dos necesidades estructurales decisivas para una correcta progresión de los anudamientos. Con la primera se señala que el falo materno es simbólico, tan simbólico que podría arrugarse como una jirafa de papel. Con las segundas se efectúa un llamado a que el padre intervenga en calidad de representante del significante Nombre-del-padre, como agente interdictor y ejecutor de una ley que lo trasciende, la ley de prohibición del incesto: como *padre imaginario privador de la madre* y como *padre real agente de la castración.*

Después del encuentro con Freud

En su único encuentro con Hans, Freud advierte con el padre que a pesar de todas las explicaciones la fobia a los caballos no pareció haber disminuido, incluso se percibe su intensificación. Por otro lado, no se percibe claramente el vínculo entre la fobia y la ternura hacia la madre, hipótesis básica con la que se venía trabajando.

Por primera vez en el historial se hace mención de “*la mancha negra en torno de la boca*” que Hans decía percibir en los caballos y que tanto desagrado le provocaba. En ese momento, Freud co-

mienza a explicarle al niño que la ternura que le profesaba a su madre provocaba en él el temor por su padre, realizando de esta manera un desplazamiento del eje, a saber *del deseo por la madre hacia la disposición hostil del niño contra su padre*. Freud señala que es comprensible que este fragmento de interpretación haya escapado a la penetración del padre, aludiendo así al *obstáculo contra-transferencial*, por lo que se vio obligado a consagrarse en dicha explicación. Le dice al niño que no debería temer al padre ya que él mismo le habría advertido, cual oráculo de Delfos, que nacería un niño que querría mucho a su madre y por ello tendría miedo de su padre. Más allá de haber sorprendido al niño, quien se preguntó si el profesor hablaba con Dios para saber anticipadamente lo que habría de acontecer, *estos nuevos esclarecimientos, basados más en el polo mítico que en la realidad efectiva*, promueven la posibilidad, dice Freud, de “derivar sus deducciones inconscientes e ir terminando con la fobia”. Otro término de referencia importante es que Freud vislumbra como fundamento de la fobia, además y más allá de la hostilidad hacia el padre por la rivalidad edípica, la necesidad de castigo que el síntoma fóbico traería aparejado. Nosotros nos preguntamos ¿necesidad de castigo o de castración?

En los días posteriores se observa una notable mejoría, y con esto se ve nuevamente retomada la salida progresiva por el lado del síntoma (sI), previa confrontación crítica del sujeto con lo simbólico en su estado más enigmático en tanto se trata de la Ley con mayúscula (sS), vale decir un simbólico

que no se muestra como cadena significativa y sus efectos típicos de creación de sentido, sino en su acción misma de simbolización de lo significable (Aufhebung) que no es lo mismo que la producción de sentido que sobrevendrá a posteriori.

Hans ya podrá permanecer delante de la casa a pesar de los caballos, padeciendo sólo “un resto de angustia”. Le confiesa a su padre, por un lado, que *«le da miedo cuando no está con él»*, y por otro, manifiesta su lucha ambivalentemente reprochándole que le diga que le teme cuando en realidad lo quiere. Dice Freud que el padre no pudo convencerse hasta esa conversación del factor hostil señalado en la consulta, no logrando comprender la causa de este odio siendo que él nunca se habría enfadado con Hans, ni le habría regañado ni pegado. Por ello Freud afirma que todo lo que viene a continuación es más importante para la ilustración del padre que para la de Hans.

El cariño que Hans parecía profesar por su padre no coincidía finalmente con las premisas del complejo de Edipo, por lo que el padre interpretó que *el deseo hostil se mudaría en preocupación y temor de que pueda pasarle algo al padre*. Freud señala aquí dos miedos que toman como referencia al padre, a saber *miedo del padre*, que proviene del factor hostil, y *miedo por el padre*, cuya fuente es el cariño. Se percibe ahora que el caballo ya no es entendido como un sustituto de la madre sino que lo es del padre. Dice Lacan: “sólo con introducir al padre, se registra enseguida un efecto de descarga, de sustracción [...] la angustia alrededor del lugar vacío,

hueco, que representa el padre en la configuración de Juanito, busca su soporte en la fobia, en la angustia ante la figura del caballo [...] En la medida que se ha podido suscitar una angustia ante el padre, la angustia alrededor de la función del padre se descarga. El sujeto puede tener al fin una angustia ante algo.” (Lacan 1956-57, 374)

En Inhibición, síntoma y angustia, Freud retoma el caso de Hans y nos provee de un ordenamiento conceptual. La incapacidad de salir a la calle sería una inhibición, o sea una restricción del yo que evitaría despertar el síntoma generador de angustia. Pero aquí la angustia no sería el síntoma sino *“el temor a que un caballo lo muerda” como manifestación sustitutiva del impulso hostil y reprimido contra el padre*. El amor exagerado y compulsivo hacia el padre es catalogado por Freud como una formación reactiva, y tanto ésta como el síntoma fóbico son tentativas de solución del conflicto de ambivalencia producto del complejo de Edipo (Freud, 1926).

Durante los primeros días de abril, dice Freud que el análisis parece no darle sólo valor al niño sino también a su fobia, “que ahora se atreve a mostrarse”. Que la fobia se manifieste ya no refiere aquí al miedo que la misma secreta sino en las nuevas conexiones significantes que la llevarán a su elaboración final. Si bien Hans afirma que *«no todos los caballos blancos muerden»*, también termina revelando *un listado en el cual se clasifican todos los objetos fóbigenos* como nunca antes se había mencionado. Lo que más miedo le produce es: ver echar a andar a los caballos de los carros que entran y salen de la aduana;

que los caballos se caigan al dar la vuelta en la curva; que los vehículos detenidos en la rampa de carga se pongan en movimiento de repente; cuando los vehículos pasan de prisa; los caballos grandes que llevan cargas pesadas (coches de alquiler, de mudanza, ómnibus, etc.). Cuando Hans comenta su deseo de treparse al carro y a la vez su temor de que éste arranque de repente y se lo lleve, el padre pregunta si en realidad tiene miedo de no poder volver a casa, a lo que el niño responde *«no, siempre podría volver junto a mamá»*.

Hans declara por primera vez el momento preciso en el cual cree haber pescado “la tontería”. Esta *Primera Ocasión* consistió en haber visto caerse el caballo del ómnibus. El niño confiesa haberle impresionado mucho que el caballo *«armó jaleo con los pies»*, y que después de eso comenzó su temor a que un caballo se cayera y lo mordiera. Se arma así *la serie caída + jaleo + mordida*. El padre interpreta que el temor a la mordida refiere al deseo de muerte al padre, figurado en la caída del caballo. Freud está de acuerdo pero deja abierta la posibilidad de encontrar otro sentido que permanezca aún oculto. El efecto de estos movimientos fue que Hans juegue en su casa a “ser un caballo”, cayéndose, pataleando y... mordiendo al padre, poniendo en juego el mecanismo de *la identificación*.

Pocos días después Hans alega la existencia de una *Segunda Ocasión* en la cual pudo haber pescado “la tontería”, ocurrida esta vez en Gmunden cuando jugaba con sus amiguitos a los caballos. En esa sazón vio como su amigo Fritz sangró al tropezarse con una piedra

mientras todos no paraban de decir «wegen dem Pferd» [traducido como “por culpa del caballo”]. En una nota al pie de página Freud señala el vínculo entre las palabras “wegen” y “Wägen” [coches], permitiéndose por esta conexión verbal la extensión de la fobia desde los caballos a los vehículos. Esta conexión por homofonía escapa por completo al padre quien está al frente del tratamiento, y esto se nos propone como ejemplo, dice Freud, de las “condiciones en las que fracasa la investigación analítica” (Freud, 1909, 1394).

En lugar de ello, el padre quedó prendado de uno de los fenómenos más oscuros del historial, aparecido ese mismo día, a saber la cuestión de *los calzones de la madre* y lo que será llamado *el complejo de lo excremental*. Hans le ordena al padre que parecía muy interesado en el tema: «*Vamos a escribir al profesor... cuando vi los calzones amarillos, dije ¡Puah! Escupí, me tiré al suelo, cerré los ojos y no miré... con los calzones negros hice lo mismo.*»

Ante el sostenido interrogatorio del padre, el discurso del niño se vuelve cada vez más confuso a medida que se lo empuja a brindar una explicación coherente del *affaire de los calzones*. El padre se ve en la ¿necesidad? de remitirse a su mujer para confirmar la exactitud de los decires del pequeño, ganándose la primera irritación de Hans en todo el tratamiento.

En realidad, Freud advierte que el padre sabe perfectamente de lo que se trata y lo que el niño intenta encubrir, a saber “la verdadera ocasión en que vio a su madre quitarse los calzones y volvérselos a poner”. Interrogando a la

madre, esta cuenta que Hans la ha acompañado muchas veces a ir al retrete, justificándose diciendo que “todos los niños lo hacen”. El asco ante los calzones de la madre hace referencia a una situación que pretéritamente provocaba placer en el niño, pero que ahora le avergüenza y le repugna a causa de la acción de la represión, a saber “ver a su madre en el acto de la defecación”. Hans también confiesa haber entrado al retrete con su madre y, al igual que su madre, se justifica: «*entré sin decirle nada, porque ella me dejó... no era nada malo*». La última clave que Hans nos brinda para esclarecer el tema de los calzones maternos sin perdersenos es una sutil diferenciación: «*cuando se los compró, entonces escupí... cuando se los pone o se los quita, entonces no escupo*».

Cuando el padre parece perderse nuevamente en las analogías (calzón amarillo-orina, calzón negro-caca), Freud decide intercalar una observación drástica: “El padre pregunta demasiado, e investiga siguiendo propósitos suyos, en vez de dejar explayarse al pequeño. Todo ello quita transparencia y seguridad al análisis. *Hans sigue su propio camino*, y no rinde nada positivo cuando se le quiere apartar de él. Su interés se orienta ahora hacia la caca y el pipí; no sabemos por qué [...] Pero el análisis ha incluido todo el material con una cierta forzada violencia en la antítesis de las dos necesidades” (Freud, 1909, 1397) (El subrayado es nuestro). Nuevamente el maestro nos aconseja no pretender comprender en el acto y recibir todo lo que surja con imparcialidad, a la espera de su definitiva aclaración.

Conclusiones clínicas

Para acotar la extensión de nuestra labor decidimos puntuar hasta aquí el caso de Hans, dejando para otra ocasión la lectura del último tramo del tratamiento que concluyó con la elaboración de la zoofobia. Ahora nos dedicaremos a resumir lo desarrollado dando a conocer aquello que en el fondo fue la cuestión que impulsó la confección del presente trabajo, a saber: ¿cuál es la lectura correcta de la noción de castración que nos permitiría pensar nuestras intervenciones analíticas a favor del avance progresivo de la estructura?

Retomando el caso del pequeño Hans, Freud afirma en 1926 que la angustia de la zoofobia es “la angustia de castración inmutada” y por lo tanto es una angustia realista “frente a un peligro que amenaza efectivamente o es considerado real”. Aquí la angustia crea a la represión y no la represión a la angustia, como solía creer Freud con anterioridad. *La angustia de las zoofobias es la angustia de castración del yo*, hay aquí una equivalencia (Freud, 1926). Recuperando su vieja noción de defensa, como algo más general que el mecanismo de la represión al cual incluye, Freud afirmará que “el complejo de castración es el motor de la defensa”, y que “la defensa recae sobre las aspiraciones del complejo de Edipo”. En resumen: la angustia de las zoofobias es una reacción afectiva del yo frente al peligro, cuyo contenido permanece inconsciente, y dicho peligro frente al cual se emite la señal es el de la castración.

Freud concluye que la angustia neurótica es la reacción frente a la situación específica de peligro. Siempre aquel

peligro será el de la castración o alguno de sus derivados (Freud, 1926). La entronización en el neurótico de la angustia de castración, por parte de Freud, se demuestra como pieza clave para nuestro trabajo precisamente a partir de la inclusión del pensamiento que Lacan promoverá con respecto al argumento del complejo de castración freudiano en tanto función. Lacan, siguiendo a Freud especialmente en los textos en los que se desarrolla más plenamente las cuestiones del complejo de Edipo, realizará una significativa torción en la noción de castración que permitirá ver en ella no sólo aquello ante lo cual el neurótico retrocede. Aquí estaríamos de lleno en el plano de la *amenaza de castración* freudiana, consignada como aquella situación peligrosa ante la cual el yo se defiende en primer lugar mediante la angustia-señal... siempre de castración. Con Lacan, ubicaremos a la amenaza de castración freudiana en el registro de lo imaginario, al menos a nivel del objeto sobre el cual recaerá: temor en el varón a la pérdida del falo imaginario. Pero *la castración en tanto complejo*, en tanto mecanismo del Edipo (Lacan 1957-58), es en sí una categorización de la falta de objeto operando en el plano de lo simbólico. Ya sabemos por Lacan que para que esto “tome cuerpo” es necesaria la presencia y el acto de un agente: el padre real (Lacan, 1956-57). Por lo tanto, ya no debemos permanecer en el plano donde la castración sería sólo aquella amenaza figurada imaginariamente ante la cual el neurótico retrocedería (activamente) despertando la señal de la angustia de [ante la] castración [inminente]. También debere-

mos tener en cuenta a la castración como aquel mecanismo simbólico cuya acción eficaz “arrastraría” (pasivamente) al sujeto a la elaboración de todas las aristas del complejo de Edipo y la consecuencia de ello: la asunción de su sexo (Messina, 2014).

Ahora bien, el hecho de representarnos a la angustia-señal de castración como una modalidad de la angustia que encadena sinthomáticamente, o al menos que intenta evitar el desencadenamiento que provocaría la consumación (imaginaría) de la pérdida del falo, verdadera situación de peligro, dicho hecho no nos obliga a desestimar al *complejo de castración simbólico como un factor desencadenante*. ¡En este punto el neurótico tiene sus razones! Que el complejo de castración sea un mecanismo eficaz para la progresión lógica de la estructura no significa que en dicha progresión no existan, o incluso no sean absolutamente necesarios, ciertos puntos de corte, de desencadenamientos lógicos que posteriormente se traducirían en nuevas modalidades de empalme.

La amenaza de castración, diremos nosotros con Lacan, es una imaginarización del agujero en el símbolo (iS), es lo simbólicamente imaginario, es la lectura imaginaria de una falta que acontece en el seno de lo simbólico. Aquí vemos cómo la crisis subjetiva que implica el complejo de castración en su polo de amenaza podríamos traducirla, en el plano de la lógica de los nudos, como un momento en donde reinaría *la inhibición que afecta lo simbólico*, inhibición sinthomada, *nominación imaginaria mediante la inhibición*. La progresión de la estructura nos llevaría necesariamente

a un punto de corte, o mejor dicho a un doble lapsus entre los registros imaginario y simbólico, provocado la encrucijada ante la cual llegó el sujeto después de haber recorrido la imaginarización del símbolo. Próxima estación, a saber: la simbolización de lo simbólico mismo (sS), o sea el punto donde al menos un elemento de lo simbólico se revela como separado del sentido. Es así como el sujeto se verá confrontado cara a cara con *el signo de la castración en tanto puro significante de la falta en el Otro*, punto de corte en el cual se interrumpe la continuidad del ensueño “imaginario-simbólico” ante la presencia de un significante enigmático (Messina, 2014).

El nuevo empalme lógico que reclama este doble lapsus entre lo imaginario y lo simbólico deberá traducirse en una nueva solución sinthomada, nuevamente entre estos dos registros como lo fue la nominación anterior. Pero ahora el registro que se redoblará para conformar el Sinthome será el simbólico y ya no el imaginario, entrando así a la solución sinthomada que nos ofrece la *nominación simbólica del síntoma en su modalidad de síntoma-metáfora* (sl) y sus efectos de sentido productos de la labor del inconsciente (Schejtmann, 2002). Trabajo significativo del inconsciente-cadena motorizado por la presencia de un significante-enigma que [lo] desencadena.

Como afirmaba Lacan en su Seminario IV, el “curso normal” de la crisis de la castración requiere de la presencia del agente Padre-real. Son bien conocidos sus señalamientos con respecto a las dificultades del padre de Hans para “encarnar al dios del trueno” (Lacan,

1956-57, 264). La deficiente actuación del padre de Hans en tanto agente real de la castración no fue pasado desapercibido por Freud, quien dejó consignado que este padre estaba demasiado preocupado por ser bueno y que su hijo lo quiera por ello, y así desestimando en un principio la “vertiente de hostilidad inconsciente hacia el padre” señalada por Freud en su único encuentro con padre e hijo.

Además de esta deficiencia paterna, vemos que el padre de Hans interroga a su hijo haciendo hincapié en el plano del pene real, obviando cómo el niño estaba resolviendo la cuestión del deseo de la madre identificándose al falo imaginario. Este es el momento lógicamente previo al de la crisis de la castración arriba señalada. Es el momento de imaginización (fálica) de lo real del cuerpo (iR), que promueve *la nominación imaginaria vía la inhibición sinthomada que afecta a lo real*. La irrupción de varios elementos en lo real que conmueven el paraíso del señuelo fálico entre madre e hijo, a saber el meneo del pene real y el nacimiento de la hermanita (Lacan 1956-57), llevan a la estructura a realizar su nuevo vuelco lógico “hacia adelante”, en dirección a iS. Pero dicho movimiento, afectado por la deficiencia del padre real, produce en la subjetividad de Hans la posibilidad de un salto “hacia atrás”, que implica un desencadenamiento efecto del doble lapsus entre imaginario y real. Este desencadenamiento producto de la imaginización de lo imaginario (il) y no de su simbolización, provocaría la necesidad “lógicamente regresiva” (Messina, 2014) de responder imaginariamente

ante lo real que irrumpe, retrotrayendo al infantil sujeto al momento de angustia reinante en la crisis despedazante del estadio del espejo. El empalme “regresivo” es aquel que responderá al doble lapsus entre imaginario y real, o sea la realización de lo imaginario (ri), promoviendo una solución sinthomada en el plano de *la nominación real mediante la angustia-cuerpo*: como señala Lacan, angustia oral ante la posibilidad de devoración materna (Lacan, 1956-57).

Con esto queremos concluir diciendo que en Hans, y en los casos de zoofobia infantil, no se trataría tanto de señalar la angustia de castración como la angustia de “no-castración” por la inoperancia del padre real. Esta última es verdaderamente desencadenante y su solución implica *“Sinthomatizaciones regresivas”, ya sea por la vía la angustia que encadena o por la vía de lo imaginario del fantasma* (Messina, 2014). La angustia de castración freudiana debemos homologarla, desde esta lógica, como dos momentos sucesivos de nominación imaginaria en sus dos modalidades: primero como identificación al falo materno y el temor imaginario a dejar de serlo, y segundo como crisis de castración propiamente dicha con la totalidad de sus componentes operando: padre real, falo imaginario y el agujero simbólico que se pretende imaginarizar.

REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS

FREUD, S. (1909) "Análisis de la fobia de un niño de cinco años". En *Obras Completas*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1996, II, 1365-1440.

FREUD, S. (1926) "Inhibición, síntoma y angustia". En *Obras Completas*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1996, III, 2833-2883.

LACAN, J. (1953) "Lo simbólico, lo imaginario y lo real" En *De los Nombres del Padre*, Buenos Aires, Paidós, 2007, 13-64.

LACAN, J. (1956-57). *El Seminario de Jacques Lacan. Libro IV. La relación de objeto*. Buenos Aires, Paidós, 2005.

LACAN, J. (1957-58). *El Seminario de Jacques Lacan. Libro V. Las formaciones*

LACAN, J. (1967). "Proposición del 9 de octubre s del inconsciente. Buenos Aires, Paidós, 2001. de 1967 sobre el psicoanalista de la escuela". En *Momentos cruciales de la experiencia analítica*. Buenos Aires, Manantial, 2000, 7-23.

LACAN, J. (1974-75). *El Seminario de Jacques Lacan. Libro XXII. R.S.I. Inédito*.

Lacan, J. (1975-76). *El Seminario de Jacques Lacan. Libro XXIII. El Sinthome*. Buenos Aires, Paidós, 2009.

MESSINA, D. (2014). "Lectura nodal del fenómeno de la angustia y del síntoma fóbico". Trabajo expuesto en la Jornada de la cátedra II de Psicopatología, Buenos Aires, 14 y 15 de noviembre de 2014. Inédito.

SCHEJTMAN, F. (1996). "R.S.I. ...". En *La trama del síntoma y el inconsciente*. Buenos Aires, Serie del Bucle, 2004, 117-133.

SCHEJTMAN, F. (2002). "Sinthome". En *La trama del síntoma y el inconsciente*. Buenos Aires, Serie del Bucle, 2004, 147-161.

SCHEJTMAN, F. (2009). "Encadenamientos y desencadenamientos neuróticos: inhibición, síntoma y angustia". En *Ancla* (Revista de la Cátedra II de Psicopatología de la Facultad de Psicología de la UBA), 2010, n° 3, 15-77.

NOTAS

¹Momento lógicamente anterior, *imagarización de lo imaginario mismo (il)* como el escenario mismo de *la inhibición que desencadena*, y que reclama la precipitación de nuevas identificaciones especulares que den una ubicación puntual del yo-moi en el campo del Otro.

²Cabe destacar aquí la diferenciación entre la función del Sinthome, como aquel cuarto nudo que restablece el encadenamiento borromeo de los tres registros, y el síntoma como una de las tres nominaciones posibles que puede ejercer la función de Sinthome, junto con la inhibición y la angustia (Schejtmán, 2002).

RESEÑA CURRICULAR DEL AUTOR

Lic. en Psicología, Universidad de Buenos Aires. Psicoanalista. Maestrando en Psicoanálisis (UBA). Miembro del equipo de investigación UBACyT *Lógicas de producción en el campo de investigaciones en psicoanálisis*. Docente de Metodología de la Investigación, cátedra II (Facultad de Psicología, UBA). Profesor adjunto de las materias Introducción a la Psicología y Dinámica de Grupos, de la licenciatura en Recursos Humanos (UCES, Cañuelas). Profesor adjunto de las materias Fundamentos de la Psicología y Psicoanálisis Freud I, de la licenciatura en Psicología (UCES). Ex docente de las materias Psicoanálisis Escuela Francesa, cátedra II y Metodología Psicoanalítica, cátedra I (Facultad de Psicología, UBA). Ex concurrente del Htal. Carolina Tobar García.

E-Mail: dmessina@psi.uba.ar